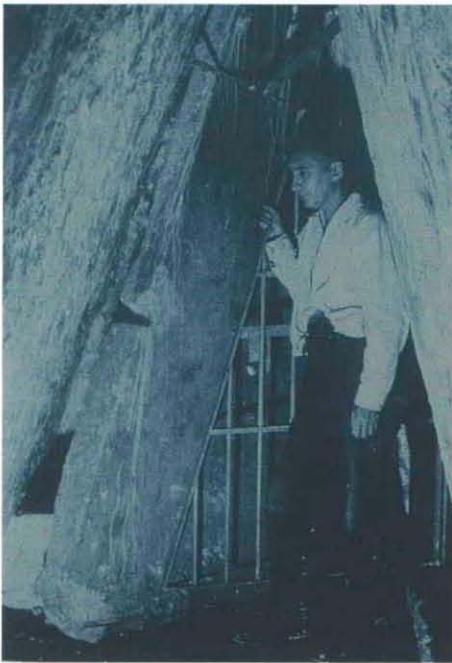


La etapa virreinal no fue, como se ha creído, un periodo negativo de nuestra historia; fue, como todas las épocas, un proceso dinámico con sus altibajos y sus claroscuros.

Fueron tres siglos que no podemos ignorar ni podemos despreciar negando su trascendencia; esos tres siglos son parte de nuestro presente, y todos los que lo vivieron (indígenas, mestizos, españoles, criollos, negros) forman parte de lo que hoy somos.

Fiel a las convicciones surgidas durante fatigosos años de investigación, los antecedentes hispanos de América siguen siendo para Beatriz Ruiz Gaytán un renovado y lúcido aporte y una vertiente sustancial de su reflexión histórica.



Alberto Ruz Lhuillier en el Templo de las inscripciones, Palenque, 1952.

## El legado científico de Alberto Ruz Lhuillier

*Mercedes de la Garza*

El conocimiento del pasado es un “prolongar el milagro de ese fugaz e inestimable equilibrio que es la vida [...], es mucho más que el goce espiritual [...], es prolongarnos en busca de eternidad”, decía Alberto Ruz.<sup>1</sup> Y por ese profundo sentido humanista de su labor, por esa luminosa conciencia histórica en la base de su despliegue académico, Alberto Ruz fue una de las figuras más destacadas de la investigación mayista, al lado de sus maestros Sylvanus Morley y Eric Thompson.

De madre francesa y padre cubano, Alberto Ruz (1906-1979) llegó a México en 1935, procedente de Cuba como exiliado político (por su participación en la luchas contra Machado y contra Batista), y adquirió la nacionalidad mexicana para formarse aquí como arqueólogo (él recibió el primer título en esta disciplina que dio la Escuela Nacional de Antropología en 1945). Y en México permaneció hasta su muerte, después de realizar una valiosa obra como investigador, maestro e impulsor del conocimiento acerca de los mayas.

Durante veinte años realizó trabajo arqueológico en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, principalmente en Campeche, Uxmal y Palenque; esta última ciudad le debe su aspecto actual y ahí, precisamente, Alberto Ruz tuvo la capacidad y la fortuna de descubrir la más suntuosa sepultura conocida del mundo mesoamericano, lo que le valió el reconocimiento mundial.

En 1959 deja el trabajo de campo y se integra al Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde funda el

Seminario de cultura maya, que en 1960 se adscribe a la Facultad de Filosofía y Letras; crea, asimismo, la revista internacional *Estudios de cultura maya* (en la que han colaborado desde entonces destacados mayistas de muchos países) y el curso La civilización maya en la licenciatura en Historia de la misma Facultad, que impartiría hasta su muerte. Y también a él le debemos el inicio de la investigación mayista en esta universidad, ya que, a partir de su seminario, funda el Centro de Estudios Mayas en 1970, que hoy pertenece al Instituto de Investigaciones Filológicas.

Sin duda el hallazgo de la tumba del Templo de las Inscripciones fue esencial en su trayectoria, pero no fue sólo eso lo que le dio un renombre internacional, sino el hecho de no haberse quedado en una mera arqueología positivista, sino haber procurado, a través de las diversas fuentes y recurriendo a las luces proporcionadas por otras disciplinas (como la epigrafía, la estética, la historia y la lingüística), hallar el sentido profundo de los vestigios materiales, dentro de su contexto cultural.

Así, por su completa formación, sus métodos y su rigor científico, Alberto Ruz fue un modelo de investigador, cuya bibliografía alcanza ciento cincuenta y tres títulos; entre ellos destacan sus extensas obras arqueológico-históricas, como *Costumbres funerarias de los antiguos mayas* (que fue su tesis de doctorado en Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras); *Chichén Itzá en la historia y en el arte*; *La civilización de los antiguos mayas* (basada en el hallazgo de la tumba palencana) y *El pueblo maya de ayer y hoy*, que apareció después de su muerte y donde expresó, según él mismo lo dijo, todo lo que sabía sobre los mayas.

Pero también fue un modelo de maestro, tanto en la cátedra como en la asesoría individual, que impartía con singular generosidad; además de transmitir con vitalidad y amor los rasgos generales de la civilización maya, incitaba a sus alumnos a “nunca repetir a los maestros”, a no permanecer en una pura actitud pasiva y acrítica, sino a pensar por sí mismos. Alberto Ruz fue, así, un gran formador de investigadores y maestros, y un inigualable estímulo para acercarse al conocimiento del mundo maya.

<sup>1</sup> “Sentido humano de la arqueología”, en Ana Luisa Izquierdo, *Alberto Ruz Lhuillier frente al pasado de los mayas, Antología*. México, SEP, 1987, pp. 56-57. (Serie Cien de México)